

Madrid, noviembre de 1959.

“Queridos amigos:

Estamos nuevamente en Madrid, después de haber asistido a los Cursos de Verano que nos dispersaron a los cuatro puntos cardinales de este clavel de los vientos que es España. Los que regresan de Málaga o Mallorca traen el azul del Mediterráneo en los cabellos y aparecen desconocidos, transparentes, como si el oro de sus costas los hubiera iluminado irremediabilmente. Vienen otros de Salamanca, donde cursaron “Historia del arte y del pensamiento español contemporáneo”, “La formación del pueblo español” y “Cultura popular”, en aulas cuyos bancos aparecen tallados con nombres gloriosos como los de Lope de Vega y donde ascendieron, en muda reverencia, hasta la cátedra desde la cual Fray Luis deleitaba a los estudiantes. Algunos gozaron en Valencia o Sevilla del encanto de un Curso de Verano y alternaron las clases de historia, geografía o literatura, con la asistencia a conciertos de música española o recitales de poesía especialmente preparados para los alumnos extranjeros. La mayor parte de ellos ha cedido al prestigio que ostenta mundialmente la *Universidad Internacional Menéndez Pelayo* de San-

tander y nos conmueven, ya de regreso, con sus crónicas sobre el Festival que allí se celebra anualmente con asistencia de los más célebres conjuntos de ballet, música y teatro. Yo llego también de las costas del Cantábrico, pero mi “saudade” es más honda, por ser de la tierra gallega, y además el nudo de la partida me ciñe ya estrechamente como un abrazo.

En el Instituto de Cultura Hispánica, rodeando las polícromas mesas de su bar, nos reencontramos, como después de una batalla, los sobrevivientes de la partida. Del grupo de treinta y cinco profesores iberoamericanos que hicimos durante el invierno el “Curso de especialización en lengua y literatura española”, sólo quedamos un puñado añorante, que armoniza en sus voces los matices del mejicano, salvadoreño, argentino, boliviano y chileno. Recién llegados de América, jóvenes becarios se incorporan tímidamente al ritmo madrileño y el Instituto es, como lo fue antes para nosotros, nodriza tierna para la iniciación de la vida en España. En su salón de actos, donde escuchamos a Marañón y Bernárdez, unidos en la Semana Argentina, se nos ofrecen semanalmente conciertos, conferencias, funciones teatrales o deslumbrantes muestras del folklore

## CARTAS DE BECARIOS

americano. Los domingos, autobuses del Departamento de Viajes Culturales nos llevan a Toledo, Avila, Segovia, Aranjuez, El Escorial u otros puntos cercanos a Madrid, o aquellos jóvenes, que durante los cursos prefieren los deportes de invierno, se trasladan a Navacerrada a practicar esquí, deslizarse en trineos de juguete o "volar" en la telesilla hasta la cumbre, casi siempre envuelta en su ropón de nieve.

Yo quisiera poder contarles, con pinceles, de color de este otoño, sonoro de tan aúreo, porque la "Ciudad Universitaria" brilla con amarillos recién nacidos sobre verdes maduros dignamente silenciosos. Octubre era rojo en Galicia como si el follaje no pudiera desfallecer sino en los cobres y las vides, azuladas en primavera tienen ahora en las hojas el recuerdo del vino. Pero en Madrid, cada árbol hace reservas de luz para el invierno y hasta el aire es dorado y la esperanza de los que llegan y la tristeza de los que partimos. En las facultades de Filosofía y de Derecho, estudiantes españoles y núcleos muy compactos de extranjeros, se agolpan en las ventanillas de la secretaría para formalizar sus inscripciones. La apertura de los cursos será solemne como todos los años y en ceremonia que guarda el formalismo del Medioevo: Rector y profesores con sus togas y birretes (cada Facultad tiene su color distintivo) presiden la iniciación del nuevo año de estudios. Recuerdo ahora algunos de los actos rituales que celebran los estudiantes en los mismos claustros universitarios como el simbólico "cruce de la línea" cuando se ha rendido la mitad de las materias de la carrera. Escuché en Filosofía el discurso en latín que uno de ellos, caracterizado como el rector, dirigía en tono jocoso a

sus compañeros y ví en la Facultad de Derecho a moros y romanos con sus armaduras desfilar por los corredores en medio de cantos y risas de los cuales eran partícipes los mismo profesores. Aún cruzábamos las futuras plazas empujados por el cierzo del Guadarrama y en el Parque Retiro habíamos asistido en conmovido silencio al espectáculo de la primer nevada.

Los alumnos de la Universidad madrileña, a diferencia de los nuestros, asisten en su totalidad a las clases, diariamente de 9 a 14, y trabajan en Seminarios anexos a las cátedras: el examen los sorprende entonces preparados y éste no supone el rigor de una prueba final sino, por lo menos, en las materias psicopedagógicas a que asistí como alumna, la reiteración del juicio que el profesor se ha formado en contacto con la labor constante del discípulo. Sin embargo, grupos de jóvenes cargados de libros y congoja, sentados sobre la hierba o en los caminos que atraviesan los pinares trataban de acordar primavera y exámenes tan incompatibles, en Europa como en América. ¡Qué difícil era entonces retener el pensamiento de los filósofos mientras Madrid enrojecía bajo las amapolas! A pocos metros de la Facultad descendíamos, ya en pleno campo, hacia bosquecillos de pinos, o, un poco más lejos, al encuentro de los eucaliptus que tendían su capa de sombra para el reposo de las muchachas. Ríos de sangre parecían despeñarse por las laderas y sobre las ondulaciones de la tierra flotaba un rojo tierno, sin descanso exultante, como si presintiera la brevedad de su existencia. En las aulas el trabajo en equipo se formalizaba en eruditas exposiciones, mientras en el seminario de psicología, anexo a la

cátedra del profesor Gil Faoaga, jóvenes rumorosos, apiñados en torno de las mesas, trabajaban febrilmente en la aplicación y medida de las pruebas. En esos días, los becarios iberoamericanos "vivíamos" la mayor parte de nuestras horas en la magnífica biblioteca del Instituto de Cultura Hispánica preparando nuestras tesis, requisito indispensable para la aprobación del curso. A través de las ventanas se tendían a nuestros ojos delgados brazos térreos que emergían de verdes inocentes y mórbidos. Hierbas perfumadas se mezclaban al césped ríguoso y éste se ceñía, como una malla, sobre el terreno ondulado acrecentando la belleza del paisaje. Pero nosotros leíamos apresurados haciendo con los libros de consulta altísimas barreras para el azul obsesionante. El aroma campesino y el bullicio de los pájaros eran sin embargo tan expresivos como los sobres aéreos, con estampillas multi-americanas, para distraernos.

A veces los profesores prolongaban el contacto con sus alumnos en reuniones o visitas como el doctor Javier Lasso de la Vega que nos agasajó varias veces en su magnífica residencia, y otras, concertó visitas relacionadas con el cursillo de biblioteconomía al cual asistíamos unos diez alumnos todos de distintas nacionalidades. Una princesa hindú, que dictaba clases en la misma Facultad de Filosofía, preparaba en su casa manjares típicos de su país y ataviada con las poéticas vestiduras de su tierra recibía a sus discípulos para colmarlos con su gentileza. Pálido en enero con el blancor y la ceniza, rojo en abril de juventud y anhelo, esperanzado en junio: sobre los verdes tulipanes y rosas hasta lo inverosímil y dorado en octubre, como una

playa sin mareas, el rostro de Madrid tiene siempre una sonrisa para los argentinos. Aquel rayo de luz sobre la nieve o este aire tibio anestesiando el dolor en la herida de las hojas. El director del Instituto de Cultura Hispánica que nos despide "hasta el próximo viaje" o el decano de Filosofía cordialísimo amigo de los americanos.

Como en un sueño, las paredes de los corredores del Instituto están nuevamente cubiertas con los programas de viaje y los becarios inéditos convierten en sus cuadernillos los pesos, bolívares, soles en pesetas antes de hacer sus proyectos. Podrán viajar a Italia durante las vacaciones de Navidad y encontrar que en Roma todos los días son domingos de infancia y en Venecia dar un paseo en góndola o tomar el "vaporetto" hasta Murano, donde un artífice podrá hacer para ellos, como lo hizo antes para mí, el milagro de un vaso florecido en la llama. Génova les dará su bienvenida con el guiño de la "Lanterna" y deslumbrados por su belleza, desearán perderse para siempre en una de sus inolvidables callejuelas. Durante Semana Santa viajarán a Andalucía, donde el Instituto tiene reservado el alojamiento para sus becarios y organizadas las visitas en compañía de guías eruditos. Recuerdo, ya con nostalgia, la procesión del Sacromonte en Granada viendo encender las hogueras de los gitanos o escuchando en Sevilla a una "saeta" rasgar el aire y el silencio, tan expresiva de ardorosa fe, que al escucharla se encendían los cirios, o en Málaga el domingo de Pascua la sucesión de los encapuchados con sus vestiduras de terciopelo color de musgo y mar, cielo de la Alcazaba o azul mediterráneo intenso y pensativo como en ninguna

## CARTAS DE BECARIOS

otra costa. Regresábamos de estos viajes culturales en el mismo autobús del Instituto que nos había conducido y reanudábamos las clases diarias y obligatorias alternadas con exposiciones sobre el movimiento cultural de cada uno de nuestros países. A mi turno me referí a la "Trascendencia de lo español en la literatura argentina" y elegí como tema de tesis, la obra del poeta argentino Francisco Luis Bernárdez. Semanalmente nos reuníamos para cambiar ideas sobre los problemas que crea la enseñanza secundaria en los países iberoamericanos o visitar centros de estudio, bibliotecas o museos. Así conocimos en sus menores detalles la Real Academia Española y el vecino Museo del Prado, donde ca-

si a diario podían hallarnos inmóviles frente a alguna de sus mágicas telas.

Yo les deseo a ustedes esta felicidad de ser alguna vez un estudiante iberoamericano en tierras de España. Hacer la ruta del Quijote, polvorientos y cansados, o llegar a Salamanca el día en que todos los vientos se reúnen en la plaza más hermosa del mundo o recibir el bautismo de la lluvia en Compostela, porque siempre encontrarán más fuerte que el viento y el agua los anchos muros de un corazón español y el techo protector de una sonrisa".

Cordialmente,

*Catalina Antelo de Husson*

